

La caída de Constantinopla

Escribe: FERNANDO SERPA FLOREZ

El asalto final a Bizancio se inició el 29 de mayo de 1453, poco después de la una de la mañana, en tres oleadas sucesivas de divisiones de cincuenta mil hombres. El Sultán había ordenado que el primer ataque fuera iniciado por las tropas mercenarias, cristianas en su mayoría, para desgastar la resistencia de los nueve mil defensores y las municiones de la ciudad sitiada. Al cabo de tres horas, cuando fue repelida la primera muchedumbre, avanzó la división de Anatolia, a la alborada.

Hacia siete semanas que se había iniciado el sitio de Constantinopla y, durante cuatro días seguidos los defensores permanecían, sin tregua, en la brecha.

Ya se había perdido toda esperanza. La cristiandad, a pesar de las promesas selladas solemnemente poco antes, en la catedral de Santa Sofía y de la solicitud de socorro, no hizo nada por defender la más rica joya de la cultura occidental contra los infieles. Ni el Papa, ni los latinos, ni los alemanes, ni los húngaros que a última hora enviaron diplomáticos ante el Sultán y tácticos que le aconsejaron usar, más efectivamente, la bombardera de Urbano el Húngaro, empleada por vez primera en una batalla de esta naturaleza y cuyos proyectiles desmoronaban a cada disparo las antiguas murallas imperiales...

La armada veneciana se esperó inútilmente. Un vergantín, que durante más de veinte días oteó su presencia en el mar del archipiélago infestado de turcos, había regresado cuatro días antes con la desoladora noticia de que la flota no llegaría.

Los turcos habían logrado pasar parte de su escuadra del Bósforo, a través de una colina, al Cuerno de Oro y, por consiguiente, los treinta kilómetros de murallas que defendían la ciudad se vieron más ceñidos por los 400.000 sitiadores que comandaba Zaghan Pachá. La puerta *Kaligaria* había sido minada. Y, desde una inmensa torre portátil que los defendía, arreciaban día a día sus incursiones los musulmanes.

La angustia crecía en la ciudad. La víspera de aquel martes trágico (desde entonces las gentes consideran el martes como día de mal agüero) Constantino Paleólogo, el último emperador de Bizancio, asistió con todo el clero, la nobleza y los altos mandos militares, a una impresionante ceremonia en la catedral de Santa Sofía (la iglesia más grande de la cristiandad) en que se despidió de todos y les pidió perdón, en el caso de que alguna vez los hubiese ofendido.

La aristocracia de Constantinopla, tan cuidadosa observadora del más minucioso protocolo que jamás se ha visto, vistiendo trajes multicolores, mientras la ciudad agonizaba ante el embate cruel de los sitiadores, recorrió en solemne procesión las calles centrales de la hermosa ciudad, cuya arquitectura simbolizaba el puente de unión entre oriente y occidente y cuyas históricas pinturas y áureos mosaicos, estilizados en íconos de una extrahumana espiritualidad, serían legado para la civilización.

Como, a pesar de lo recio del ataque, las tropas de Anatolia fueron repelidas, se lanzaron al combate los jenizaros. Eran los soldados más aguerridos y crueles. Y un nuevo incentivo, el saqueo de la ciudad y el pillaje, ofrecido como premio si lograban quebrantar la resistencia, los enardecía y aumentaba sus bríos. Al grito de ¡Alá!, avanzaron y aunque los defensores agotaron los últimos recursos con valor, un hecho desafortunado precipitó los acontecimientos. La pequeña puerta del cerco, la *Kercoporta*, situada entre la puerta de *Andrinopla* y el palacio del *Porfirrogéneto*, que comunicaba las defensas exteriores con el recinto interior de la ciudad, fue dejada sin resguardo y por allí se lanzaron los turcos, escalaron las torres vecinas y arriaron el áureo estandarte del águila bicéfala para colocar en su lugar la bandera de la medialuna.

La ciudad ha caído. *Eolo i Polis*, se oía por doquier. El general Guistiniani, que mandaba sus italianos, recibió una herida mortal con una piedra en el pecho. Presa de dolores, se retiró en sus naves, para morir tres días después.

A las nueve de la mañana, combatiendo valerosamente y sin ninguno de los suyos cerca, murió el *basileus* Constantino, último emperador de Bizancio.

Poco a poco las resistencias cedieron. Al medio día cayó la puerta *Horaia*, defendida por marineros de Creta. Y el pillaje, el horror, el incendio y el crimen se apoderaron de Constantinopla. El convento de la Virgen *Hodegetria* —la Conductrix— donde se hallaba el precioso ícono de la Virgen María, pintado por el apóstol Lucas, fue profanado y la imagen vuelta pedazos. La iglesia de Santa Teodosia, cuya fiesta se celebraba ese día, presencié escenas infernales. El templo, que para tal ocasión estaba lleno de rosas, conserva el nombre de *Gul Djami*, mezquita de las rosas.

En la catedral de Santa Sofía, que había acogido una muchedumbre aterrorizada, la mortandad, la carnicería y el salvajismo fueron peores. Las bibliotecas, las obras de arte, las miniaturas, la herencia griega y

romana que se habían conservado en Bizancio fueron destruidas. La humanidad, y en especial, la civilización occidental sufrió allí un golpe irreparable.

¿Qué lección nos deja Bizancio? La lección, quizá, de cuán fácil es el que una cultura refinada, una civilización airosa, un mundo adelantado, caiga al golpe demoledor de los bárbaros. La leyenda cuenta que mientras las hordas turcas asediaban a Constantinopla sus gentes se enfrascaban en polémicas y controversias innecesarias ante la gravedad del momento. Discusiones bizantinas, han sido llamadas estas. Quizá tal sea una tardía explicación para acallar la conciencia de las naciones hermanas en religión que no acudieron a la defensa de la ciudad sitiada. Puede ser. De todos modos, que el trágico sino de la ciudad imperial tomada por los turcos hace quinientos años, sirva de admonición al occidente.